

HECTOR INCHAUSTEGUI CABRAL*

Por Manuel Valldeperes

Héctor Incháustegui Cabral es, sin duda, el más dominicano y el más universal de nuestros poetas actuales y, en consecuencia, de todos los tiempos. Desde que se inició con *Poemas de una sola angustia* (1939) hasta *De vida temporal* (1944), su obra ofrece los signos de una constante evolución que señala un fin que está más allá de la presencia actual del poeta. *Rumbo a la otra vigilia* (1942) y *En soledad de amor herido* (1943) son eslabones de la cadena de afinidades íntimas con la que manifiesta su constante progreso.

Esta circunstancia nos obliga a analizar su poesía no desde una posición definitiva, puesto que se halla en la ruta ascendente, sino desde el nivel de exuberante crecimiento en que le sitúa la obra publicada hasta ahora. Ciertamente que el poeta no se ha apartado de su posición inicial, en cuanto a la esencia ideal de su poesía; pero, por ser síntesis de la evolución de toda una generación de poetas, —el más arraigado en el suelo de su patria y, por lo mismo, el de mayores proyecciones universales— ha evolucionado a tono con la propia evolución del mundo en que se produce.

Héctor Incháustegui Cabral es original. Ve y siente desde el fondo de su alma para advertir que los hombres, en tanto que representación mutable de las transformaciones substanciales, son sólo materia transitoria. En su poesía se percibe, desde el principio, esta realidad viva. El sufrimiento, la alegría de vivir, la dignidad humana, tienen lugar de preferencia en sus cantos, a través de los cuales se advierte que la verdad y la justicia —síntesis de la base en que se apoya la sociedad— tienen suma importancia para el poeta. Y parte, para ello, de un paisaje original, netamente dominicano, con figuras esencialmente dominicanas, cuya proyección universal se desprende de la

* Este estudio forma parte de un trabajo publicado por don Manuel Valldeperes con el título "Dos poetas dominicanos", aparecido en *Cuadernos Dominicanos de Cultura*, No. 8, abril de 1944.

substancia misma de las realidades íntimas y de los hechos circundantes.

Consagrado desde sus comienzos a subordinar las reacciones del espíritu a una actividad civilizadora, su visión poética no ha podido ser nunca, a pesar de su raíz local, vehículo de peculiaridades subordinadoras y lo es menos cada día, porque el poeta ambiciona lejanos horizontes que han dado a la poesía dominicana una firme y segura voz universal. *Poemas de una sola angustia* abre la ruta a las humanas aspiraciones del poeta, aspiraciones que se colman progresivamente en *Rumbo a la otra vigilia* y *En soledad de amor herido*, para adquirir mayor intensidad universal en *De vida temporal*.

Incháustegui Cabral es de los poetas que, como Edwin Muir, ven al mundo con una visión sin edad y a la historia como el flujo y reflujo de los temores y de las esperanzas permanentes y vivos. Por eso se acerca a la verdad y sobrevive a las atormentadoras inquietudes de la época. Y por eso, también, su proyección evolutiva nos deja entrever una extraordinaria y singular madurez.

Dijimos, en un breve comentario, que el autor de *Amor llamó a su puerta* ha vuelto a abrir el corazón a las angustias, a las palpitaciones y a los gritos, siempre fecundos, de la vida interior. En la poetización del dolor —que es el sentido íntimo de la poesía de Héctor Incháustegui Cabral— está su protesta, que es rebeldía; pero en cada uno de sus poemas hay algo más que la reacción angustiada del poeta: hay la fecunda seguridad del hombre que sabe que su dolor, que es el dolor de muchos, no es estéril y que la llama de la rebeldía alumbra los horizontes de paz interior que ambiciona y hacia los cuales se proyecta cuánto de humano hay en sus poemas.

El autor de *Poemas de una sola angustia* se aparta del caos como de un peligro y si sigue ascendiendo hacia la meta ansiada, si sigue buscando la verdad —su verdad, que es la verdad del mundo— no está lejos de ella, porque entre tantas rutas tortuosas, entre tantos caminos laberínticos, Héctor Incháustegui Cabral ha sabido hallar su senda, que no es silenciosa y solitaria, sino la que partiendo del corazón angustiado de los hombres se eleva hacia lo infinito. Y es que su poesía, que parte de la vida, va hacia la vida. Leyendo los poemas, de recia estructura, del poeta dominicano, hallamos respuesta a muchas enigmáticas interrogaciones. Ya no vemos sumida en la sombra la pregunta que Paul Bourget se formulaba años ha anunciando el caos: ¿Quién nos devolverá la divina virtud de la alegría en el esfuerzo y de la esperanza en la lucha?

No. La pregunta ya no es actual para algunos poetas, como Eliot, como Muir y como Héctor Incháustegui Cabral en nuestras latitudes. Ya no es actual para los poetas que vuelven a la vida y extraen de ella el alma de las cosas; para los que despertaron del éxtasis infecundo y regresaron a la verdad después de repudiar a la metáfora y a la hipérbole; para los que rinden culto a la belleza sin olvidar el espíritu; para los que buscan la imagen, como el autor de *Rumbo a la otra vigilia*, a través de las sensaciones del espíritu y sienten la pasión sin ser apasionados; para los que nos llevan por las ásperas rutas de la vida sin someternos a las influencias perturbadoras de la hipnosis. Estos son, sin duda, los que hacen inactual la pregunta de Bourget, porque señalan el resurgir de la poesía, salvada ya de los peligros del vacío.

En Héctor Incháustegui Cabral se observa una trayectoria universalista que difiere de otros poetas en el sentido de ir de lo íntimo a lo universal. No lleva las voces exteriores a la poesía dominicana, sino todo lo contrario: va de la presencia dominicana a la universalidad. Su poesía es universal por lo que tiene de humana, por la influencia misma de las verdades cotidianas en las cuales se basa para reaccionar y que son las verdades del medio, de las que ningún poeta puede emanciparse. Será más o menos amplia la influencia universal en su obra, según haya extendido su contacto con el mundo; pero en el fondo permanecerá íntimamente unido, por raíces de sangre y víscera, al medio en que se produce.

En Incháustegui la sujeción al medio se produce a medida que madura su contenido humano, a medida que el poeta se manifiesta plenamente él mismo. En *Rumbo a la otra vigilia* la influencia de las intimidades es menor que en *Poemas de una sola angustia* y, sin embargo, está más profundamente unido al medio. En los poemas de *En soledad de amor herido* es ya el cantor de las intimidades que dialoga consigo mismo. No es lo material lo que influye en él, sino lo espiritual, que es, entre los elementos circundantes, lo más universal. En *De vida temporal*, el poeta está ya con el mundo.

Héctor Incháustegui Cabral va, pues, de las espiritualidades íntimas a las etéreas concepciones universales. Y a medida que va adquiriendo mayor madurez, advertimos en él mayor espontaneidad. Se perfila la originalidad individual; su poesía no puede ser diseccionada o imitada, es más poética, más lírica y tiene una más sólida base social —en el sentido humano—, producto directo de la influencia del ambiente y de determinada y efectiva cualidad racial. Esto hace que su poesía tenga características definidas y que una al

valor externo pero efectivo de la forma original, el más positivo de los valores universales: su cualidad étnica y distintiva, que es, a la vez, el elemento cualitativo que sitúa a la poesía dominicana, por su obra global, en un plano de universalidad. La obra del poeta se define cuando imprime al fondo genérico la determinación de lugar y de época que, materializando en formas bellas y vivas lo que de humano hay en la escena vernácula, lo convierte en poesía abierta a la consideración universal y apta para fijar, con su contenido estético, el perfil natural y espontáneo de un centro específico de civilización.

De la observación minuciosa de sus poemas, eslabones de la cadena con la que construye su personalidad, se desprende la espiritualización de la evolución que hemos observado en Héctor Incháustegui Cabral. En *Poemas de una sola angustia* el poeta está íntimamente ligado a sus recuerdos, que son todavía hechos y cosas materiales. Los cafetales, los hombres y las bestias que le acompañaron en su juventud, la tierra misma de la patria, en esencia de recuerdos y de presencias atormentadoras, están latentes en su poesía. Los recuerdos le unen al pasado en la plenitud de sus presencias materiales, impulsando sus impaciencias; pero lo que hay de real en sus poemas es la génesis de sus impaciencias espirituales, de las que surge una sola angustia: su ansia de más allá. Por eso dice:

*Espera, abomino de tí,
de la paciencia y de la esperanza...
.....
de nuestro crimen, que no ha sido otro
sino este de esperar...*

Es la primera reacción del poeta que se siente vivir y que anhela, para el hombre, una patria sin fronteras; pero una patria de bondades infinitas en la que, sin desprenderse de los recuerdos, sin abandonar las realidades raciales, sin desarraigar de la tierra propia, se viva al amparo de la verdad y de la justicia, símbolos distintivos de la civilización y símbolos distintivos, también, de la poesía dominicana pero universalista de Héctor Incháustegui Cabral.

En *Rumbo a la otra vigilia* el poeta vive bajo la influencia de las mismas impaciencias, de las mismas inquietudes, de las angustias de

*la sed que no se cura nunca
y el hambre de justicia
que hace hombres a los hombres.*

Pero la patria es ya menos presencia material para ser más espíritu. Los recuerdos y las evoluciones fluctúan en el ambiente y el poeta, menos materialista pero más espiritual, arraiga, más y más en su convencimiento íntimo de que

la tierra es madre común

y pide a gritos esta universalidad con el arrebatado apasionado de la angustia, de los humanos sacrificios, porque el poeta, alucinado, quiere

saber para qué descubrieron el espíritu.

Humano, profundamente humano y universal, sin dejar de moverse en su ambiente, presente

*que tras la frente
pueden vivir mejores pensamientos*

En los poemas de *En soledad de amor herido* el poeta pertenece al mundo, a la gran patria sin fronteras que él ambiciona, no como medio determinativo del desarraigo racial —ya hemos dicho que su universalidad reside en su fuerza local—, sino como ruta que se empina hacia los ideales civilizadores que impulsan a su poesía. Y canta el amor fecundo contra las angustias de una soledad que le acongoja:

*Si las carnes que tocas no florecen en hijos,
si no imprimen sus huellas
en el barro de que eres
y de que deben ser los herederos de tus
ansias,*

*sueña:
el sueño se plasma en una carne que por no
poderse tocar
nadie osará destruir.*

El poeta vuelve a sus impacencias, pero ya no son retadoras. Es el espíritu el que habla, dominado por un infinito amor, cuando pregunta:

*¿en qué rincón arrojaré esta rosa sin olor
y el grito que se agota en mis entrañas?*

Héctor Incháustegui Cabral no abandona, no puede abandonar sus rebeldías íntimas, a pesar de que, al universalizarse, se humaniza. Es menos egoísta de sí mismo que en *Poemas de una sola angustia*. Y canta con desesperación, pero también con esperanza. Por eso en *Despedida y recomendaciones al amigo que se va y que no volverá jamás*, dice:

*Llama a esa puerta con tus dedos de nardo
y si te dejan pedir,
pide sentidos.*

Y cuando canta el amor; fuente inagotable de sus inquietudes, vuelve a la visión de un mundo sin edad, a sus esperanzas imperecederas.

*Le temo y le canto
a sabiendas de que vivir es morir...*

pero no puede ser escéptico porque es humano y dice:

*le he ofrecido mi pan y mi sal
.....
y un pecho que sólo ha sufrido
por todo lo que ha tardado.*

Es la confirmación, en la plenitud de la espera, de la caudalosa humanidad universalista dominicana —el mundo y la patria, los hombres y el poeta— de Héctor Incháustegui Cabral.

En *De vida temporal* es ya el poeta dominicano de proyección universal que surge de sus propias intimidades. Los recuerdos son sombras y las realidades humanas su presencia; pero no busca esta humana presencia en lo infinito de los horizontes, sino en la presencia de las realidades —angustias, dolores y hasta sanas alegrías— que le circundan. Es la tierra en la que arraiga, con cuanto hay en ella de esencialmente humano, lo que se manifiesta plenamente en sus poemas más recientes y de mayor influencia universal.

*Mi soledad,
que tu recuerdo eriza de tropiezos,
y este silencio en cuyo cielo
alza sus brazos tercios tenaz enredadera,
me hacen volver,
cansado y manso y triste,
a la sombra violeta que en la tierra se
hunde...*

Pero en esta mansedumbre y en esta tristeza no hay renuncia, sino impulso. Impulso extraordinario que lleva al poeta a cantar con menos arrogancia retadora, pero con mayor y más efectiva y afectiva espiritualidad. Es lo que hace que no sucumba mientras avanza, seguro de sí mismo, hacia la cumbre en la que los poetas se consagran, abierto el corazón frente a las sombras que envuelven el mundo, a derramar la Idea sobre los hombres, ávidos de conseguir que la verdad y la justicia triunfen bajo la influencia del espíritu, en un Universo exento de maldades, de crueldades y de odios. Porque la voz de Héctor Incháustegui Cabral, poeta que abre sendas nuevas a la poesía dominicana —y como consecuencia a la poesía universal— es, ante todo y sobre todo, la voz que surge espontánea de un alma grande con grandes e infinitas aspiraciones humanas.